

BIBLIOTECA
Villegas
Centro de Historia Regional

DOÑA CLARA VILLANUEVA

Hebe Uriarte de Gómez



DOÑA CLARA VILLANUEVA

Hebe Uriarte de Gómez

Centro de Historia Regional
Biblioteca Pública Municipal y Popular
«Domingo F. Sarmiento».
General Villegas (Buenos Aires), 2010.

Jefa de Biblioteca

Lic. Nieves Castillo

**Responsable del Centro de
Historia Regional**

Sandra Moreno

Edición y corrección:

Patricia Bargeró

Diseño y diagramación

Comunicación - Biblioteca
Pública Municipal y Popular
«Domingo F. Sarmiento»
Alejandra Pedrini

Doña Clara Villanueva © 2010 by Hebe Uriarte is licensed
under CC BY-NC 4.0. To view a copy of this license, visit
<http://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/>

BIBLIOTECA
Villegas
Centro de Historia Regional

Agradecimientos:

Esta investigación se llevó a cabo con la ayuda y colaboración del Sr. René Amat de Victorica(La Pampa), María S. de Irastorza, José Irastorza, Mónica Monti de Irastorza y los datos aportados por: Clara Farías de Bas, Raquel Farías de Castaño, Ramona Islas de Bas, Encarnación Luzuriaga de Ponce, Fausta Carreira, Miguel Bas, Eleuterio Corvalán, Eduardo Dramis, Dora Mansilla de Bazán, Noemí M. de Formica, Irma Pelosi de Gandulfo, Faustina López, María Bernetche, María Lazcano, Rafael Gobelli, Juana Monti de Delgado y Rocio Gómez.

Cómo se documentó y ordenó la investigación

Se documentó recurriendo a la historia oral. Conociendo el lugar y la gente, se trató de rescatar la imagen que los protagonistas (los entrevistados) guardaban en su memoria, y a través de relatos plagados de anécdotas y vivencias diarias, se fue develando la historia de Doña Clara Villanueva, figura popular, muy querida en General Villegas.

Las entrevistas que aquí se presentan fueron cuidadosamente verificadas, se realizaron individualmente, mediante preguntas simples y concretas.

El registro textual fue respetado tal cual se expresó.

En este trabajo existen dos grupos de entrevistados. Los que vivieron y compartieron su vida cotidiana y un segundo grupo que la conoció en su accionar social.

Las fotografías recrean la estructura social de esa época.

En cuanto a la documentación se cita: el semanario «La Idea» del 19 de agosto de 1938, acta de defunción del Registro Civil, periódico «La Actualidad» del sábado 4 de junio de 1949 y «Crónicas» de Otelo Milani del 18 de octubre de 1986.



**«Hizo el bien a todos y lo que tuvo lo dio»
(Clara Farías de Bas)**

Doña Clara llevó a cabo una importante labor social en Villegas hasta 1949, año en que murió. Había nacido en Victorica (La Pampa), un 12 de agosto de 1852.

En aquellos años no existía Victorica como tal, el paraje se denominaba Leubucó y era la capital del Imperio Ranquel. Esta población fue fundada por una expedición que vino de San José del Morro (San Luis) en 1882. «Donde nació los campos estaban divididos por zanjas, no había alambrados». (*Raquel Farías de Castaño*)



Aprendió a leer, escribir, sacar cuentas mentalmente, a rezar, coser y bordar.

Clara fue criada por una tía llamada Eulogia. Se casó muy joven, tuvo dos hijos y quedó viuda muy pronto. No hay fecha precisa del momento en que se radicó en Francisco Madero (partido de Pehuajó). Allí vivió durante varios años. Tuvo un boliche, o pulpería, de clásica ochava y ladrillos sin revocar, que se hizo famoso por los bailes criollos y al que atendía personalmente. Vendía ginebra por copas y «los vicios para pasar el día» a los parroquianos.

Cuenta María Lazcano:

«Ella contaba, su marido corría a los indios. Serían de esos hombres de la época de Rosas, o de los otros. Ella se quedaba solita con los chicos, porque ella vivía en el campo. Las casas no tenían puertas ni ventanas, se cerraban con cueros. Ella tenía un cuadro de la Virgen de Luján y cuando sentía que los indios andaban cerca sostenía el cuadro de la Virgen frente a la puerta y cuando los indios pasaban por el lado de la ventana, ella ponía su Virgen y rezaba. La tía de ella era la lavandera de Manuelita Rosas. Ella se había casado y tenía dos hijos varones que se le habían muerto.

En Victorica tenía un hermano y ella descubrió que aún vivía porque el jefe de la estación de Villegas, Cuadrado, lo trasladaron a Victorica, y él le avisó».

Un cambio importante

Cuando Clara vivía en Francisco Madero enfermó y cansada de ver curanderos, visitó a Eduardo Moleda, milagrero y espiritista de 9 de Julio, gran admirador de Pancho Sierra¹, quien la curó e introdujo en el campo de las curaciones mediante el uso de hierbas y el espiritismo.

Aconsejada por Moleda resolvió cambiar de lugar. Acompañada por Victoria y Eleuterio Corvalán (entonces niño) y Francisca Torres llegó a Villegas en la década de 1910. Contaba en esos momentos con alrededor de 40 años.

«Yo vine con ella de Francisco Madero. Tenía doce años. Trajimos los muebles en un tren de carga de trocha angosta. Salimos de la estación Curarú. Vine con mi hermana Victoria y con Francisca Torres, que murió muy joven» (Eleuterio Corvalán)

Vivió entonces en un rancho, cerca del tanque de agua. Luego alquiló una pieza a la familia de José Rovella, que tenía una herrería en la calle Pueyrredón (esquina Alberti).



Cuenta María Lazcano:

«Venía de Francisco Madero y vino con Victoria Corvalán que se casó después con Pedro Islas y Eleuterio Corvalán, que era chico. Allí tenía una pulpería. Cuando venían las carretas y carros y pedían de comer y beber y se querían ir sin pagarle, ella manoteaba un rebenque, cabo amarillo, con una lonja ancha y se lo sacudía por el lomo, o les sacaba prendas de valor, cuchillos, facones de plata. Tenía muchos, yo los vi.

La acompañé varias veces hasta Francisco Madero. Íbamos en tren de la trocha hasta Curarú y luego continuábamos en coches tirados por caballos. Iba a ver su casa. Era una casa en una esquina. Tenía un salón inmenso. Allí estaba el almacén con mesas y sillas y un mostrador grande, que después lo trajo a Villegas. Los pisos eran de ladrillo y la casa esa tenía una pieza y cocina y patio grande. Y una parte de la casa la tenía alquilada. Tenía su rebenque, cabo amarillo, lonja ancha, revólver chico, lo guardaba en el cajón de la mesa de luz. Estaba cargado. Lo tenía adentro de una bolsita de tela color rosa. Era una señora que no le tenía miedo a nadie. Tenía una gran fuerza, un gran espíritu. Cuando nos miraba a todas ya sabíamos que algo andaba mal».

1- Pancho Sierra: Nació en Salto el 21 de abril de 1831. Líder del movimiento espiritista que floreció a principios del siglo XX en la Argentina.

¿Cómo era y qué hizo?

Doña Clara era alta, delgada, de tez mate, cabellos castaño oscuro largos, a veces recogidos hacia arriba. Usaba vestidos amplios, oscuros, que le llegaban hasta los tobillos. En ocasiones especiales usaba corsé.

Tenía un gran carácter y voluntad. De conducta extremadamente reservada, hábitos y costumbres austeras. Se distinguía por su prudencia. Era recta, bondadosa y muy hospitalaria.

Prefería las comidas criollas: peludo asado, mulitas, carne de potro, mazamorra. No tomaba vino, sólo mate amargo (cimarrón).

«Era muy religiosa, rezaba mucho. Se acostaba temprano y se levantaba a las cinco de la mañana. Se bañaba con agua fría y volvía a acostarse a reposar un rato. Desayunaba mate amargo». (Faustina López)



Muy tradicionalista, gustaba de los bailes criollos, los versos camperos y la guitarra. Cuando se acercaba su fiesta de cumpleaños solía despertar con alguna relación dándole vueltas en la cabeza y le pedía a alguna de las chicas que la anotara.

Se casó dos veces (sus maridos fueron Prado y Navarro) y las dos veces quedó viuda. Perdió también a sus dos hijos: Genoveva y Neri.

No volvió a casarse y se dedicó a los niños que protegía. Recogía en su casa a los chicos que habían perdido a sus padres, que habían sido abandonados o a los que no podían ser criados por su familia. Los alimentaba, les enseñaba a leer, escribir, hacer cuentas y rezar; a tejer en telar y coser.



«Ella hizo el bien a todos y lo que tuvo lo dio. Su preocupación era curar a la gente y ayudar a los pobres» (Clara Farías de Bas).



Cuenta Noemí Monti de Formica:

«Mi bisabuela italiana, católica practicante, que viviendo en el campo, a tres leguas de Villegas, no faltaba a un solo acto de la Parroquia y tenía su propio reclinatorio, con su nombre, respetaba y consultaba a doña Clara por considerarla una persona con sentido común especial, amplio criterio y de gran rectitud. La ayudaba con dinero, ropa, carne, porque admiraba su obra benefactora con los niños y con todo el que acudiese en su ayuda. A tal punto llegaba este respeto y admiración que en la foto de inauguración de la que ahora es nuestra casa en el campo, foto donde están todos los invitados a la fiesta que se hizo el 25 de mayo de 1923, sentada en la primera fila, está doña Clara.

Recuerdo haber ido, ya fallecida mi bisabuela, con mi abuela, a saludar y llevar unas bolsas con ropa a su casa. Como yo era una niña de cuatro o cinco años no ubico exactamente si fue a la calle Pueyrredón o a Alberti. Por las características de la casa creería que era la de Alberti. Era una casa de las que llamamos tipo “chorizo”, con una gran galería a un gran patio interior con árboles. Ella estaba sentada allí, en la galería, una verdadera matrona. Atendían a ella y a las visitas las niñas mayores, calculo de trece o catorce años, que había criado. Y no olvidé esta visita porque en el patio jugaban alegremente muchos chicos, también de su crianza, y ella me indicó que me uniera a sus juegos mientras hablaba con mi abuela... vaya a saber de qué...

Médicos, familias reconocidas del pueblo, etc., acudían a su casa y la ayudaban, pero su gran día era el 12 de agosto, Santa Clara, donde hacía reuniones que, por los comentarios oídos por mí, eran inolvidables. Lástima que por mi edad muchas de estas cosas las escuché después de su muerte. Vulgarmente se la conocía como “doña Clara, la curandera” pero, por lo que he recogido tanto en la familia de mi padre como en la de mi madre, era mucho más que eso. En la historia de Villegas creo que su labor fue única. Estamos hablando de la década del 20 y la del 30».



Cuenta Juana Monti de Delgado (103 años):

«Yo era chica. Vivíamos en el campo. Mi mamá se enfermó. Estaba muy grave, creo que tenía la gripe española. Fue allá por 1925. La fiebre era tan alta que a mamá se le cayó todo el pelo.

Llamaron a Doña Clara y ella la curó con unas gotas de “Sufici”. Para recuperar el cabello, le indicó que se lavara la cabeza con el agua del pu-chero (tibia, grasosa) antes de hervir. Después de varios meses el cabello creció.

Doña Clara era alta, de cutis oscuro, de mirada fuerte. Mi familia tenía una gran amistad y agradecimiento».



Sus familiares

Su hermano Zacarías vivía en Victorica. Era un hombre de edad avanzada, alto y muy callado, según recuerdan sus conocidos de la vez que la visitó en 1945.

«En Victorica vivía también su sobrina Virginia Villanueva, que falleció en 1951. Tenía un hermano, probablemente ferroviario, que se fue a vivir a Buenos Aires. Quedan en la ciudad pampeana la casa donde vivieron y los descendientes de apellido Villanueva» (*Eduardo Dramis*).

Su casa

Después de haber llegado de Madero, en los primeros tiempos, doña Clara vivió en un rancho con techo de paja, cerca del tanque de agua. Después se trasladó a una pieza en Alberti y Pueyrredón. Años más tarde, con la ayuda de la gente que curaba, levantó su propia casa, que aún se conserva, en Alberti 851.

«Ella vivía al lado de la familia Di Luca [Calle Pueyrredón, entre Moreno y Alberti]. Cuando se hizo su casa la abuela se ataba un pañuelo blanco, cruzaba el terreno y contaba los ladrillos uno por uno, que le traían las chatas. Nadie la iba a embromar en cuentas». (*María Lazcano*)

Su dormitorio tenía piso de madera y las paredes estaban pintadas a la cal. La cama era de madera. Tenía un ropero con espejo adelante, un sillón hamaca esterillado. Sobre la cómoda había siempre una palangana con su jarra, de color celeste con rayitas blancas en los bordes. Le agradaba mucho la ropa de cama bordada.

Sus curaciones

En la sala donde Doña Clara realizaba sus curaciones había un altar cubierto por un mantel blanco con calados y figuras de angelitos bordado por la señora de Chirizola. Sobre el altar la Virgen de Luján y Santa Clara, floreros muy sencillos con flores y candelabros con velas encendidas.

En una mesa, al costado del altar, una jarra con agua fresca, un vaso y la foto de Pancho Sierra. Atendía a los enfermos a solas, frente al altar. Les daba siempre para beber un poco de agua y usaba hierbas en sus curas. Curaba el empacho, los “sustos”, el estómago caído, el mal de ojo, las lombrices, los golpes de aire, etc.

Nunca cobró por sus servicios. La gente entonces le regalaba pavos, pollos, verduras o dinero. «Anotaba las donaciones en un libro grande y para el día de su cumpleaños, los nombraba» (*Faustina López*).

En Semana Santa sus chicas picaban los yuyos y los dejaban secar al sol. Los días jueves y viernes hacían ayuno hasta el sábado a las diez de la mañana. Durante esos días no trabajaban, sólo rezaban.

Cuenta Eleuterio Corvalán:

«En Francisco Madero aprendió a curar. Le enseñó el curandero Eduardo Moleda, era espiritista de 9 de Julio, amigo de Pancho Sierra. Doña Clara leía los libros de Pancho Sierra y aprendió a curar. Pancho Sierra era muy famoso. Está enterrado en Salto. Yo he ido a ver su tumba».



Cuenta Noemí Monti:

«Al señor Epifanio García lo curó Doña Clara. El caso fue muy comentado. El prestigio y el respeto de Doña Clara aumentó».

Cuenta Irma Pelosi de Gandulfo:

«Mi mamá los domingos a la tardecita se preparaba se arreglaba y en un coche victoria de color negro iba a las reuniones de Doña Clara. Eran muy concurridas esas reuniones. Rezaban».



Cuenta Clara Farías de Bas:

«La familia García quedó muy agradecida. Vivían en la calle Rivadavia, al lado de Berenguer [hoy]. Epifanio tenía un taller mecánico. Luego se fue a Buenos Aires. Allí paraba Doña Clara cuando viajaba a Buenos Aires.

Cuando curaba los enfermos entraban de a uno y cerraba la puerta. Ella sola sabía qué enfermedad tenía cada uno. Rezaba mucho. No hablaba

sobre sus curaciones. Siempre cortaba los yuyos bien temprano, cuando el sol venía saliendo».

Cuenta Raquel Farías:

«Al empacho lo llamaba “asiento de comida”. Usaba “untosinsal”², lo rociaba con alcohol fino, le prendía fuego, lo tapaba y apagaba. Cuando estaba derretido, empapaba un trapo, lo doblaba en tres partes y lo ponía en la boca del estómago. Cuando nos dolía la garganta la abuela Clara nos hacía cortar un pedazo de papel estraza, lo untábamos con el untosinsal, lo colocaba alrededor del cuello y lo ataba con un pañuelo».

Cuenta Fausta Carreira:

«La conocí en 1913. Yo vivía en Piedritas. Vinimos a Villegas en una jardinera y el campo estaba de color celeste [seguramente lino]. Tardamos bastante. Fui a la casa de ella con mi mamá. Era famosa. Era una casa humilde, un rancho de dos aguas. Nos atendió en la cocina. Usaba ropa oscura. Era alta. Ya curaba con agua fría e invocaba el espíritu de Pancho Sierra. Ella no tenía nada, era pobre. Nosotros vinimos a visitar a los viejitos Corpus».

«En otra oportunidad me curó a mi hijo. Llegué a su casa en un coche victoria, el cochero se llamaba Don Hilarión Farías, vivía por el lado del parque. Era de mañana. La criada me hizo pasar a la pieza. En la pieza tenía un altar, una mesa y unos bancos. Colocó el nene que estaba envuelto con una frazada sobre la mesa. Preguntó:

- ¿Lo llevaste al médico?
- Sí -le contesté-.
- ¿Y qué te dijo?
- Me dijo que se moría, que no llegaba a las casas.
- Los doctores no son dioses y yo tampoco, pero veremos lo que puedo hacer.

Se fue para adentro y trajo en sus manos una botija de barro chica, llena de azufre, con aceite comestible, que revolvía. Desvistió al niño que estaba sobre la mesa. Con su mano frotó todo el cuerpo. El nene estaba duro, los dientes cerrados. Luego mandó a comprar a la Farmacia Flor de Azufre, es un polvo, y lo mezcló con aceite y con una cucharadita le fue dando entre los dientes, mientras rezaba. Al rato el niño empezó a moverse. Se mejoró. Lo envolví en la frazada y volví en el coche victoria a casa».



²-Untosinsal: grasa que se saca del cerdo, de la parte más gorda. Se usa para sacar espinas, madurar heridas y calmar dolores.

«A mi otro hijo lo curó cuando tenía dos años, no podía andar de cuerpo. Le dio un té de durazno. Hay que poner en un jarro siete brotes de durazno. Siempre impar: tres, cinco, siete, nueve, etc. Quemarlos con un carbón prendido, luego agregar agua y tomarlo durante nueve días. Se curó».

Cuenta Faustina López:

«Para el hígado daba gotas de Súfici que mandaba a comprar a Buenos Aires. El frasco tenía la figura de un cura».

Cuenta Miguel Bas:

«Ella tenía mucha disciplina y respeto y sabía defenderse. Una vez hubo una denuncia de un médico y ella dijo: “Ponga un policía en la puerta, yo no hago mal a nadie”. Nunca la molestaron.



«Un resero vino a caballo de Tres Lomas, salió a la mañana y llegó al otro día. Tenía la panza hinchada, dolorida. Se había envuelto con un poncho. Venía mal. Los médicos al verlo lo operaron. Después dijeron que no había nada que hacer. Lo trajeron a Doña Clara. ¿Usted sabe que a los operados no se les puede dar agua? Ella le dio todos los días un poquito. Los intestinos no funcionaban, estaban parados, pero ella lo sanó.

«Una vez vino un hombre muy enfermo, estaba perdido. Era de Buenos Aires. Trabajaba de grabador de joyas. Se llamaba Domingo Zapelli, casado con la Violeta Clark, de la Estancia “La Irlanda” y doña Clara lo sanó. Este señor todo los 12 de agosto venía de Buenos Aires a la fiesta de cumpleaños, era su promesa, y se hizo un traje de gaucho y aprendió cosas criollas, decía versos, no sabía cómo agradecerle.



«Yo era tropero. Venía con mi tío Islas llevando muchos animales. Había tormenta. De pronto cae un rayo. Islas se acercó a una tranquera. Yo

me caí del caballo. La hacienda disparaba hacia mi lugar. Me mataba. Tres veces dije: “Abuela Clara salvame”. La hacienda hizo abanico. Cuando pasó me arrastró, lastimándome. Estaba estropeado, pero me salvé de morir. Me auxiliaron de una estancia cercana y me dieron un trago de caña “Pecho Colorado”.



«Ella curó a mucha gente. Los médicos la denunciaban porque decían que ella les sacaba la clientela. La policía la llevaba presa. Yo iba con ella. La acompañaba desde la mañana hasta la noche. Ella le dijo al comisario que nunca iba a buscar a los enfermos, ellos venían a buscarla a ella. Y el señor Epifanio García, que era el que más la ayudaba, como ella lo había curado, iba a verla todos los días. Le dijo al Comisario: - A la tarde, si no suelta a esta señora, a la tardecita se le va a llenar la plaza de gente y la comisaría le va a ser chica para meter tanta gente. El comisario le dijo a Don Epifanio: -Llévesela- y nos fuimos».

Cuenta Encarnación Luzuriaga:

«Cuando yo era chica, me dolía mucho la garganta. Doña Clara me dijo que buscara una media usada por mi papá, que estuviera húmeda, agarrara bosta de vaca y la quemara y con esa ceniza llenara la media y la colocara alrededor del cuello toda la noche. El dolor de garganta desapareció».

Cuenta María Lazcano:

«Curaba los males de maldad y de envidia. Porque doña Clara era vidente, veía las cosas. Una noche se despertó y me dijo:

- Estás despierta María?

- Sí -le digo yo-.

- Te voy a decir una cosa. Vienen de lejos, una familia. Vienen con una enferma. Les está pasando de todo en el camino. No los dejan llegar los que le hacen mal. Tienen muchos problemas. Yo te lo digo a vos para que sepas. -Cuando llegaron esta gente, me pidieron ver a la abuela. Ella tenía horario para curar.

- Ella no se ha levantado de la siesta, espere un momento -Yo fui y le dije a la abuela:

- Viene esta gente de lejos y han tenido muchos problemas en el camino

-Ella me dijo:

- Hacerlos pasar y ofrecele agua fresca y que descansen a la sombra.

-Cuando ella se levanta, pasan a la sala. Traen a la enferma. Ella tenía un mal. La abuela la curó. No cobraba. Le dejaban plata sobre el altar».

«Una vez le trajeron una torta de regalo una señora que ella le había curado una pierna. Ella me dijo a mí que pusiera la torta arriba

del ropero y la abuela:

- Esa torta no se va a comer hasta que no pasen las veinticuatro horas.
- Cuando pasaron las veinticuatro horas, ella me dijo:
- Vamos a comer la torta. Andá a buscarla. -Y yo la traje. La abrimos y la torta estaba llena de gusanos. Ella dijo:
- Este mal no era para ustedes, era para mí.

«Ella veía todo. Un día vinieron dos hombres. Uno venía enfermo, el otro lo acompañaba. Pero ninguno de los dos tenía nada. Cuando entraron, ella le preguntó que querían y entonces uno le dijo que el compañero estaba enfermo. Y ella le dijo:

- Ninguno de los dos tiene nada y ahora váyanse. Ustedes vinieron para reírse de mí, pero de mí no se ríe nadie. Era vidente, se daba cuenta de todo.

«Una vez una chica que venía en tren de Realicó. No se podía bajar del coche tirado por caballos. La madre la traía. Era gente pobre. El cochero Acelbón le dijo:

- La abuela está durmiendo -porque eran las seis de la mañana. Venían por tren y él las llevó a la casa de la abuela. Yo salí:
- Qué le pasa?
- Y vengo a traer gente
- Yo la voy a ver. -La abuela, al ratito, salió y fue hasta el coche. Conversó con la chica. Le dijo:
- Bajáte del coche -y a la madre le dijo- usted la ayuda a bajarse, pero no la alza, ella se va a bajar sola. Yo le voy dar la mano. Y la chica bajó, caminó y se curó. Por Doña Clara toda la familia se vino a vivir a Villegas.

Sus protegidas

Las chicas que vivían con Doña Clara se levantaban temprano, a las cinco. Tomaban mate y después limpiaban la casa. Planchaban la ropa de cama (sábanas y fundas) con almidón. Lavaban la ropa en una batea de madera que tenía aletas a los costados; al orificio para sacar el agua lo tapaban con un tarugo envuelto en un trapo.

Si los cuellos y puños de las camisas estaban muy sucios, les pasaban jabón en panes que hacía doña Clara y los fregaban con una taba. A los jabones los hacía en grandes barras, en cajoncitos, y los cortaba en panes. Si la ropa tenía manchas hacía recoger el estiércol de las gallinas, al que ponían en un trapo blanco, tipo bolsita, lo mojaban y con él empapaban las manchas. Colocaban la ropa un rato al sol y las manchas desaparecían. Después enjuagaban la ropa y la tendían en un alambre al que levantaban con una caña. Al terminar ordenaban todo.



Las chicas mantenían los patios limpios y barridos y cuidaban los yuyos medicinales.

Cosían en las dos o tres máquinas la ropa que cortaba doña Clara para los chicos: delantales claros para las niñas y más oscuros para los varones. Hilaban lana para tejer sacos.

Cuenta Clara Farías de Bas:

«Era como un colegio. Se trabajaba todo el día y nos acostábamos bien temprano, al oscurecer.

«La abuela era muy bondadosa, nos dio su amor. Mis padres murieron. Ella nos recogió a todos: cuatro mujeres y dos varones y nos educó. Yo salí de esa casa para casarme. Me casé con su consentimiento. Fuimos al Registro Civil y luego en casa, con los parientes más cercanos, sentados alrededor de una mesa muy bien puesta, ella nos bendijo y todos festejamos con alegría y respeto la fiesta de casamiento».

Cuenta Raquel Farías de Castaño:

«Doña Acacia Rovella era comadre de la abuela Clara. La abuela era madrina de los hijos de Acacia. Le alquiló una pieza a la familia Rovella que tenía una herrería. Después les compró el terreno a los Rovella y se hizo la casa. Todos los días tomaban mate y conversaban. La abuela, con la mirada, nos indicaba que nos teníamos que retirar. No sé de qué conversaban.



La abuela tenía un perro blanco no muy grande, de nombre Jun y un loro muy parlanchín. Había un gallinero con gallinas y también palomas con casitas de latas de masita que ella hacía.

Yo tenía seis años y sabía tejer y darle la forma al tejido. Las agujas eran de alambre duro, del largo de una aguja común. En un extremo le hacía como un ojal del mismo alambre y el otro extremo lo afinaba como la punta de la aguja.

Le encargaba al carnicero Laburo o Esterlich las patas de la vaca, la pezuña con el hueso y ese hueso lo cortaba por la mitad y sacaba una grasita fina, como el tútano y con eso preparaba una brillantina, lo perfumaba, se lavaba el cabello y se ponía ese preparado y le quedaba suave, brillante. Tenía el cabello largo, se lo levantaba y se lo acomodaba como una torta y se le formaban ondas. Era bonita, alta, elegante”

Cuenta Raquel Farías:

«Siempre nos decía “Cuando sean grandes ustedes se acordarán de mí y dirán: Gracias a la abuela Clara hemos salido gente”. Nos enseñaba a hacer el bien. Decía “Nunca hagas el mal a nadie, por más mal que te hagan pagáale con un bien”»

Cuenta María Lazcano:

«Yo estoy muy agradecida por lo que me enseñó. Nunca me hizo faltar nada.

Yo le hacía los mandados. Para las fiestas compraba galleta de primera calidad. Cuando compraba las zapatillas preguntaba precios en todos lados. Me mandaba a comprar kerosene a lo de Gubau (esquina de Moreno y Pueyrredón), ese almacén grande, pintado de rosa que estaba en la esquina. Yo era chiquita y para no olvidarme, todo el camino repetía “korosen, korosen, korosen” (sic)»

Los paseos (1925-1935)

Doña Clara y las niñas realizaban paseos a los campos cercanos, especialmente en primavera y verano. Las niñas vestían sus vestidos guardapolvos, sombreros de color claro, zapatillas a cuadritos negras con puntera y talonera de cuero, prendidas adelante con un botón.

Realizaban los viajes en una victoria de color negro, tirada por dos caballos. El cochero era Don Hilarión Farías, muy conocido en aquella época.



Mientras doña Clara tomaba mate debajo de la enramada, las niñas corrían por el campo buscando margaritas silvestres pequeñas, de color rojo, muy buenas para la tos y el dolor de panza. También juntaban verbenas, buenas para los nervios y la tos. Regresaban temprano, con pollos y corderos que les regalaban.

Cuenta Clara Farías de Bas:

«Don Epifanio García le regaló un coche Chevrolet con capota de lona que se enrollaba y lo usaba para las visitas al campo de los Monti. En los carnavales lo manejaba don Eleuterio Corbalán».

El espiritismo

Debido a su relación con el espiritista Eduardo Moledo Doña Clara entró en contacto con los centros espiritistas de Buenos Aires. Dentro de esos grupos se encontraba Rafael Hernández, hermano de José Hernández, el autor de Martín Fierro.

Cuenta Eleuterio Corbalán:

«La hermana Clara los días domingos a la noche hacía las reuniones. Venían los socios, ella era la medium. Todo el mundo venía y de todos lados. Las reuniones se hacían con poca luz. Ella llamaba al espíritu con golpes en la mesa y el espíritu bajaba, se quedaba en su cuerpo y se comunicaba con la persona que lo necesitaba. Todos los años, en el mes de mayo o junio, viajaba a Buenos Aires. Paraba en el Hotel Garay, calle Rivadavia. Compraba fardos de zapatillas, medias de cualquier medida, géneros. Concurría a los centros espiritistas de Buenos Aires. Allí había muchos y ahí conocía gente importante. Nos quedábamos casi un mes».

Cuenta Faustina López:

«Había una comisión con presidente y socios. La mejor medium era Doña Acacia [Rovella]. Las sesiones de espiritismo eran los martes. Los domingos nada más que una oración».

Cuenta Raquel Farías:

«Tenía un cuadro de Pancho Sierra y otro de la Virgen de Luján. Era devota de la Virgen. Los domingos a la tarde rezábamos Padre Nuestro, Ave María, Salve y el Credo. Ella hablaba como el padre cura, daba consejos ‘ser buenos’, ‘portarse bien’. Pedían para curarse.

La abuela me decía siempre que era parienta de Martín Fierro». (Se refiere a la relación de Doña Clara con Rafael Hernández, miembro de las Sociedades Espiritistas, de Buenos Aires).

Cuenta María Lazcano:

«Los Centros Espiritistas se llamaban “La Fraternidad” y “La Constancia”. Se reunía mucha gente. Allí se rezaba. Rezábamos una hora».

Su cumpleaños

El 12 de agosto, día de Santa Clara, se hacía una gran fiesta. A la mañana doña Clara ofrecía un chocolate a los niños de las familias más modestas, con galleta que compraba en las panaderías de Luz, Sienra y Juan Gobelli, que ella pagaba puntualmente.

Repartía ropa, medias, zapatillas, sombreros y cada niño llevaba a su casa un kilo de carne. Las casas comerciales y las familias pudientes del pueblo mandaban donaciones para colaborar con ella.

La gente que venía del campo traía lechones, pavos, pollos, corderos, carne de vaca, leche, verdura fresca. Preparaban las comidas, asados, empanadas.

Doña Clara tenía un horno criollo grande, calentado con brasas, donde cocinaban los pasteles. Había poco vino en la mesa, pero mucho mate amargo.

Todos, grandes y chicos, festejaban el cumpleaños de doña Clara. La reunión duraba hasta la medianoche. Después se retiraban todos.

Se vestían de gauchos o paisanos, con prendas de vestir y bailaban con gracia danzas nativas. Tocaban la guitarra, cantaban canciones, jugaban a la taba. Sus ahijados repetían relaciones y versos de contrapunto escritos por doña Clara que los chicos aprendían de memoria.

Ella aparecía cerca de las diez de la mañana, callada, con sus gestos y el poder de su mirada observaba a todos. Se acercaba al fogón y tomaba mate en rueda, conversando amablemente. Algunos cantaban, otros recitaban y luego bailaban.

Tenía muchos amigos: el sargento Palomino y su familia, Islas, Laburo, Rovella, Zapelli, Pavón, Martirene, etc. Todo lo que sobraba ella lo repartía ordenadamente al día siguiente.



Diario: La Idea, director Otelo Milani, 19 de agosto de 1938.

«Como nos tiene acostumbrados desde hace muchos años, en ocasión de su cumpleaños, Doña Clara Villanueva congregó en su domicilio de esta ciudad el día 12 del corriente, a un crecido número de familias paupérrimas de este pueblo, las que por otra parte suelen tener muy presente la fecha señalada, con mucha razón este año, en que ese núcleo de nuestra población debe sufrir las consecuencias del fracaso de las actividades a que la mayor parte de esas familias se suelen dedicar, que es la cosecha de maíz. Como decimos la caritativa vecina que nos ocupa, en un gesto altruísta y muy propio, que desgraciadamente es muy de lamentar no halle imitadores, dentro de sus posibilidades, viene realizando desde hace años, la filantrópica obra de ayudar a los menesterosos que por la crisis económica pasada y la actual falta de trabajo, en nuestro medio son legión. Hecho todo lo cual sin propósito de ostentación, sino que respondiendo al muy noble afán que las almas generosas tienen por el bien ajeno, por cierto muy digno y altamente encomiable son tales gestos, que merecen ser puestos a la consideración pública. El reparto con el que anualmente Doña Clara favorece a gran cantidad de gente pobre, consistió este año en la entrega de 250 pares de zapatillas, 250 prendas entre vestiditos, pull-overs, suéteres y guardapolvos, conjuntamente con una abundante ración de carne y pan, que alcanzó en cada caso a 600 kilos. Además durante el día. Se obsequió con una comida a las personas y chiquilines concurrentes. De acuerdo a sus medios, la vecina nombrada, es una de las pocas y tal vez la única persona del lugar, que realiza verdadera obra filantrópica desde hace años, por cierto que muy silenciosamente. A la inversa de la mayoría que suelen dar tanto para algo, porque o no pudieron esquivar el bulto, o lo hicieron calculadamente, especulando. Esta acción de Doña Clara Villanueva, también es hacer patria».



Cuenta María Lazcano:

«Todos los 8 de diciembre, el día de la Virgen, les regalaba a los pobre un kilo o un kilo y medio de galleta, según cuantos fueran de familia.

Venían los Rovella, los Chirizola, los Islas, los Martirene, los Palomino, los García, los Laburo y mucha gente más, amiga de Doña Clara».

Luisa Gióvine de Crignola:

«Los terrenos [donde doña Clara tenía la casa] eran de Rovella. Allí ella recibía las visitas. Para el cumpleaños la calle se llenaba de sulkys. Don Luzuriaga traía dos chicas, sus hijas, bien arregladitas, con moños celestes».

Cuenta Miguel Bas:

«En 1940 aparece en la fiesta un oficial de policía conocido de todos. Bailaban con el poncho sobre el hombro y en las vueltas se pegaban uno al otro. En esa ocasión dobló el oficial y la ligó. No se enojó. Todos estaban contentos, amontonados sí, pero no pasó nada. Había respeto».

Cuenta Rafael Gobelli:

«Para el día de su cumpleaños, mandaba a sus protegidas, a comprar el pan. Pagaba muy bien, era una señora muy seria y cumplidora».

Cuenta Raquel Farías de Bas:

«Corpus (Walter) tocaba la guitarra y Julio Cuello el bandoneón. Días antes se despertaba temprano, pensaba entre mate y mate, llamaba a Clarita y le decía: “Anotá Clarita antes que se me vaya de la memoria”.

Cuando yo era niña, vestida de gaucho, para bailar un gato Doña Clara escribió la relación. En el ala del sombrero le puso una guinda. El sombrero era de ala quebrada, el ala doblada para arriba.

Esta guinda que yo traigo
en el ala de mi sombrero
desde ahora te voy diciendo
que a vos solita te quiero».



Sus últimos años

Doña Clara tuvo siempre muy buena salud, pero cuando era muy viejita se cayó y se quebró la cadera.

Cuenta María Lazcano:

«Me mandaron a llamar por carta. La carta no tenía firma. Paré en lo de Santos Laburo y él me dijo:

- Angélica no te va a dejar entrar

- Yo voy a entrar -le dije.

Estaba viejita y mal, muy flaquita. Yo me acerqué y le dije:

- ¿No sabe quién soy? -Me tomó de las manos y me tocó la cara y me dijo:

- Vos sos María. -Yo me quedé un semana. Le hacía y le daba la comida. La atendí. Un día vino Acacia (Rovella), la levantó y caminó por el corredor. Me pidió mate. En la casa no había nada. Compré las cosas en el almacén que estaba en la esquina que era de Pedro Azar. Como yo trabajaba en una fábrica, tuve que volver a Buenos Aires.

Angélica era muy bonita, rubia, pero era muy salidora, no atendía a la abuela. Ya estaba enferma, muy viejita. En eso llega Don Luzuriaga, golpea las manos y ella de adentro:

- Compadre pase, compadre pase. -Y él la ve tan mal, que se la lleva a la casa, pero antes, él va a la policía y les dice que él se la lleva, pero que vayan a la casa a ver lo que queda, porque él no toca nada de allí. La abuela murió en su casa. Cuando la abuela murió Poroto Laburo me avisó que la abuela había fallecido.

La abuela le pidió a Don Eleuterio Corvalán que se quedara con la casa pero él no quiso».

Su muerte

Clara Villanueva murió de insuficiencia cardíaca a los 98 años, el 29 de mayo de 1949, a las diez de la mañana. La acompañaban como siempre Eleuterio Corbalán, su fiel amigo, y don Anastacio Luzuriaga.

La velaron en su casa, en Alberti 851. Está sepultada en el cementerio de Villegas. A la bóveda y la placa las hizo hacer el señor Zapelli.

Después del entierro la policía cerró la casa con llave. Como no encontraron herederos la propiedad quedó para el municipio. Sus bienes se remataron.



Cuenta Encarnación Luzuriaga:

«Angélica González, que la llamaban “La pelada”, era una rubia muy bonita, llamaba “mamá” a doña Clara, nosotros la llamábamos “abuela”. La abuela la crió con todos los mimos. En el último tiempo ella no dejaba entrar a nadie. Estaba mal atendida. El compadre, don Anastacio Luzuriaga entraba, y un día la encontró quebrada y resolvió llevarla a su casa. Con cuidados, cariño y limpita, la abuela Clara falleció. La casa estaba cerrada y mi papá habló con la policía. Abrieron la casa y la velaron allí. Fue mucha gente mayor y chicos que ella ayudaba. Le llevaban ramitos de flores».

Cuenta Luisa Gióvine de Crignola:

«Angélica González mandaba y no la atendía. La viejita murió pobre y mal atendida. No dejaba entrar a las amistades y salía mucho de noche».



Cuenta Antonio Gióvine:

«Cuando murió doña Clara se hizo un remate de las cosas de su casa. Yo compré una asadita y una balanza de plato»



Cuenta Ramona Islas de Bas:

«Doña Clara está enterrada en tierra. El lugar está siempre limpio. Tiene la foto y los datos de ella. Son muchos los que atracan al cementerio para llevarle flores».

Fallecimiento:

En nuestra ciudad, falleció la semana pasada la antigua convecina, Doña Clara Villanueva, después de larga enfermedad que la retuvo en cama desde hacía varios meses. Doña Clara, como cariñosamente se le llamaba fue en su momento una figura popular por las caridades y el bien que ejercía entre las gentes humildes.

Estas son las que principalmente han sentido su fallecimiento, por ser ellas a las que anualmente llegaba la dádiva que con generosidad les hacía llegar la caritativa señora. En el acto del sepelio no le faltó la ofrenda y la oración de los favorecidos.

(La Actualidad. Director: Conrado Nagore. Sábado 4 de junio de 1949)

La única calle de la ciudad con nombre de mujer

Lo siguiente es un extracto de la ordenanza en la que se nombra una calle de General Villegas «Clara Villanueva»

Municipalidad de General Villegas
Honorable Concejo Deliberante.

EL HONORABLE CONCEJO DELIBERANTE DEL PARTIDO DE GENERAL VILLEGAS, EN USO DE LAS FACULTADES QUE LE SON PROPIAS, ACUERDA Y SANCIONA LA ORDENANZA 3480

Artículo 1º: Impónese los nombres que se mencionan a las siguientes calles
(...)

Clara Villanueva a la calle comprendida entre Dr. Cetrángolo y Dr. Llorente, paralela a Saavedra.

(...)

Artículo 2º: Comuníquese al Departamento Ejecutivo, dése al Registro Oficial de Ordenanzas, cúmplase y archívese.-

DADA EN LA SALA DE SESIONES DEL HONORABLE CONCEJO DELIBERANTE A VEINTIUN DIAS DE DICIEMBRE DE MIL NOVECIENTOS NOVENTA Y OCHO.

Fernando E. Galli
Secretario H.C.D.

Ernesto Segretín
Presidente H.C.D.

Fuentes y documentación consultada

- El Comentario, 28 de junio de 1925.
- La Idea, 19 de agosto de 1938.
- Acta de defunción de Registro Civil de Gral. Villegas.
- La Actualidad, 4 de junio de 1949.
- Crónicas, 18 de octubre de 1986.
- Municipalidad de Gral. Villegas, Honorable Concejo Deliberante. Ordenanza 3480, 1998.
- TOBIN, Mónica. Pancho Sierra, Señor del desierto. Salto. Ediciones Salto y su historia, 1993.

Fotografías

Las fotografías que aparecen en la presente publicación pertenecen a: Clara Farías de Bas, María Elena Corvalán de Albiero, Raquel Farías de Castaño, Ramona Islas de Bas, María Bernette, Noemí Monti de Formica. Ceditas gentilmente a Hebe Uriarte de Gómez para realizar este trabajo.

Índice

Agradecimientos	
Cómo se documentó y ordenó la investigación	
«Hizo el bien a todos y lo que tuvo lo dio»	1
Un cambio importante	2
¿Cómo era y qué hizo?	3
Sus familiares.....	6
Sus protegidas.....	12
Los paseos (1925-1935).....	14
El espiritismo.....	15
Su cumpleaños.....	16
Sus últimos años.....	19
Su muerte.....	20
La única calle de la ciudad con nombre de mujer.....	22
Fuentes y documentación consultada.....	23

Doña Clara Villanueva

Chiquita Gómez es así, no puede dejar de hurgar en la historia y no puede mantenerse tampoco muy lejos de los indios.

Y si bien Doña Clara no era totalmente india, sospechamos que algo de sangre ranquel circulaba en ella.

Hoy volvemos a acercarnos a personajes que han marcado de algún modo nuestra historia local.

Trataremos de conocer a Doña Clara Villanueva a través de los relatos afectuosos que nos han acercado muchos. Porque esa es la constante.

Ante la mención de su nombre surgen el agradecimiento y el afecto.

Patricia Bargeró